



UNA NOCHE EN ZUGARRAMURDI.

CAPRICHIO CLÁSICO-ROMÁNTICO.

FRAGMENTO.¹

VI.

EL AKELARRE.=LA MISA NEGRA.

En el centro de un inmenso círculo formado por las apiñadas filas de bulliciosa muchedumbre, se alza un tosco tablado, que sostenía sobre sus desvencijadas maderas un sillón de madera negra con pretensiones de trono. Cuatro antorchas de resina colocadas en los ángulos lanzaban su luz humeante y temblorosa sobre el flaco y peludo cuerpo de un macho de cabrío negro cuyos cuernos grandes y retorcidos las raíces de un árbol parecían. A la derecha del cabron había una cruz de madera hecha con dos troncos desiguales de encina; á la izquierda, otro tablado que ocupaban unos cuantos hombres harapientos provistos de silbos, atambores y dulzainas, y frente por frente del cabrío una especie de torre de madera á la que servía de remate un campanario.

(1) Los detalles que figuran en la presente escena son históricos en su mayor parte y en la restante *absolutamente conformes* al espíritu, tendencias y significación de las ceremonias á que se refieren; queriendo ser verídico, he tenido que tomar mis elementos de lo repugnante y de lo horrible. María de Zozaya, Miguel de Goiburu el *tempestarií* y Juan el tamborilero, su hermano, son personajes históricos; los de la brujería bascongada están tomados del famoso proceso de Logroño de 1610 contra los brujos de Béra, Zugarramurdi y Hendaya y del curiosísimo y estupendo libro del Consejero bordelés de Lancre, titulado *De la inconstancia de los demonios*, el cual Consejero fué el cruel estirpador de la brujería labortana. Los detalles de la brujería general los he recogido en la *Mitología alemana* de Grimm, en la *Magia antigua* de Maury, en las *Disquisitiones magicæ* de Del Rio, y en el *Origen del derecho y de la Historia de Francia* de Michelet. De la *Misa negra*, del *Sábado* y del *Akelarre* he hecho una sola cosa, pero conservando los rasgos principales de ambas procedencias. Por lo tanto no hay que confundirlas: la *Misa negra* y el *Sábado* son la manifestación popular de ciertas creencias naturalistas del antiguo gentilismo, paganismo ó politeísmo y del espíritu anti-social y anti-religioso. que el ban-

Apénas hirió el aire el postrer tañido de la campana se adelantó un hombre vestido con blancos ropajes. Aquel hombre llevaba en la cabeza una triple corona dorada, que nó de oro. Un roquete que le bajaba hasta las rodillas, ceñía su cuerpo; un manto cuajado de pedrería, no tan largo que impidiese ver el borde de una túnica de color jácinto, le colgaba de los hombros. Pero así el brillo de la triple corona como el fulgor de la pedrería, falso esplendor de cosas finjidas revelaban

Este extraño personaje se acercó al macho de cabrío y se puso de rodillas, pronunciando con voz sonora las siguientes palabras:

—Salud, gran Proscrito, creador de la Naturaleza, sàvia del Mundo! Bendito seas en el aire que zumba, en el agua que corre, en la tierra que nutre y en el fuego que comunica la vida.

El macho cabrío.— Gracias, Bonifacio. Acepto tu homenaje y bendigo en tí á todos mis vasallos.

Bonifacio inclinó la frente hasta el suelo, se puso de pié, cogió una piedra y la lanzó con gran violencia contra la cruz diciendo:

—Maldito seas tres veces, signo de obediencia, de caridad y de abnegacion. Yo juro combatirte hasta que desaparezcas de la faz de la tierra.

El macho de cabrío hizo una señal y de un grupo de mujeres que había á la derecha salió una bruja vieja. Yo la reconocí enseguida; era ella, era *mi mujer!* La curiosidad pudo más que el horror y permanecí inmóvil.

La bruja se arrodilló por tres veces delante del cabrío; luego se dirigió hácia la cruz, se detuvo delante de ella, se levantó las sayas, hizo un gesto obsceno y escupió al signo de nuestra redencion. Despues se desnudó completamente, y doblando las rodillas, se puso á

dolerismo propio de la decadencia del régimen feudal trajo consigo, produciendo las rebeliones de los villanos contra los señores. El *akelarre* se debe á la reunion de instintos lúbricos y criminales, combinados con groseros, supersticiosos y sacrilegos errores, pero de la más baja estofa. Aunque puede asegurarse que los *akelarrés* eran conventículos de gente perversa y desalmada (como que los procesados de Logroño quedaron convictos y confesos de los crímenes de sodomia, homicidio, adulterio, parricidio, infanticidio y sacrilegio, amen de ser adeptos y fautores de artes mágicas), tampoco cabe negar que á ellos concurrirían personas de buena índole y condicion, pero crédulas en demasía, cuando nó idiotas ó monomaniáticas y otras movidas de espíritu aventurero, enamoradas de lo romancesco, de lo extraordinario y de lo misterioso. La historia de la brujería euskara, está todavía por hacer; sería un libro muy curioso para el teólogo, para el moralista, para el jurisconsulto, para el mitólogo y aun para el médico. Como todo fenómeno social, la brujería es un hecho complejo, capáz de interesar á varias categorías de personas.—(NOTA DEL AUTOR).

gatas delante del cabrío. Un hombre cubrió con un paño blanco las espaldas de la vieja, dejándolas convertidas en un remedo de altar, iluminado por dos humeantes blandones. Bonifacio se aproximó nuevamente y ejecutó una série de actos cuyos detalles he olvidado pero que constituían una verdadera parodia del santo sacrificio de la Misa.

Bonifacio (bendiciendo al pueblo).—Id y estended por el mundo la semilla de la desobediencia, del ódio y de la ambicion. El gran Impostor está vencido; ya no resucitará de entre los muertos al tercero día.

Coro de brujas viejas (adelantándose cojidas de las manos).—Nada es lo que parece; lo viejo es jöven, lo jöven viejo; el mal es el bien, el bien es el mal. Los cuernos del cabron son sagrados; la epilepsia del gato, divina. El cuervo grazna y el lobo aulla; sus voces son himnos; el arrullo de la paloma y los trinos del ruiseñor, gritos destemplados. ¡Agostáte, semilla! Ajate, flor! Corrómpete, agua! Silva, vendabal! Lo feo es bello, lo bello es feo: el mal es el bien, el bien es el mal. (Haciendo gestos obscenos delante de la cruz). Baja, si puedes, rey de eunucos, cómplice de déspotas; baja y clavaremos nuestras uñas en tu faz manchada con la saliva más vil de Jerusalem! (arrodillándose delante del cabrío). Salud, hijo de la noche; salud, gran desterrado. Tú eres el Rey de los fuertes, tú eres el verdadero Dios (Las brujas le besan una tras de otra debajo de la cola y se retiran).

Coro de brujas jóvenes (cogidas de la mano como las viejas).—Por el largo tubo de la chimenea bajamos nosotras á los hogares en la hora en que la blanca ceniza cubre los tizones. El grillo nos saluda con sus chirridos; el gato maya al hociquear nuestros cuerpos tiznados de hollin. Más silenciosas que el oblicuo revoloteo del murciélago nos acercamos á la cama donde duerme la vírgen y enturbiamos con imágenes impuras su terso pensamiento; depositamos en la cuna del recién nacido los gérmenes del crup, de la escarlatina y del sarampion; llenamos el oido de la esposa dormida con palabras de adulterio y el corazon del marido con la inquietud de los celos. En el establo caen heridas de muerte por nuestra mano las blancas ovejas, las ágiles cabras, los tardos bueyes. Canta el gallo y otra vez, chimenca arriba, desaparecemos huyendo de los áureos dardos que lanza la mañana. (Las brujas apedrean á la cruz). Defiéndete, si puedes, madera de los falsos hechiceros (Se arrodillan delante del cabrío y le besan como las brujas viejas). Salud, hijo de la noche; salud, gran Desterrado: tú eres la verdad.

Miguel de Goiburu (el tempestar ü).—Cuando las barcas de los pescadores están lejos de la costa, yo hincho las olas del mar y alimento á sus tiburones. Las viudas, los huérfanos, lloran; yo bailo, el mar se calma, pero el dolor nó.

Coro de brujos.—Tornados en jabalies, en perros, en lobos, en zorras, en buitres y en cuervos destruimos los sembrados y diezmamos los rebaños (escupen á la cruz). Maldito seas, amuleto nazareno, porque consuelas. (Adorando al cabrío). Salud, hijo de la noche; salud, gran Desterrado: tú eres el Libertador.

Juan de Goiburu (el tamborilero, haciendo gestos grotescos con el silvo y el tamboril).—Estos son los despertadores de la tentacion! El parche redobla; el silvo lanza sus estridentes notas. Bailad, bailad, jovenzuelos! Vuestros ojos brillan, vuestras manos se aprietan, vuestros pechos jadean; levantad nubes de polvo con los inquietos piés, muchachos y muchachas: una nube de polvo es una cortina. Aquí resuena un beso; allá se acaricia una cintura; más léjos la indiscreta saya descubre una gruesa pantorrilla. Todos se animan, todos se inflaman y mi endiablada música no cesa; ella vierte por los oidos ese fuego que devora á la juventud. Ya callaré cuando el pardo crepúsculo pise los montes, cuando el *ángelus* suene en la torre. Mientras tanto menead el cuerpo sin recato, vosotras los que hasta hoy teníais el alma limpia como el cristal de la fuente. (Riéndose). Pobrecitas, mi tamboril es el tamboril del infierno! Luego, al acostarse el sol, caeréis entre las doradas mieses á los brazos del placer, como la paloma cae bajo las garras del gavilan.

Coro general (desde la meseta, desde los valles, inmenso como el mar).—Salud, hijo de la noche, salud, gran Desterrado. Bendito seas en todos los tiempos y en todos los lugares: á tí eterna sumision.

Goiburu tocó un redoble prolongado; cada golpe de los palillos en el parche produjo una nota seca, vibrante, casi metálica; al mismo tiempo cien hogueras se encendieron; los músicos del tablado hicieron sonar los instrumentos y el cabrío y la vieja se colocaron en medio del círculo.

Mi antigua pareja, desnuda completamente, estaba horrible. Tenía el cuerpo tiznado de hollin, la cana è inculta cabellera destrenzada, los pechos lácios, el vientre arrugado, las piernas flacas, las rodillas abultadas, los piés chatos y grandes. El cabrío, mal sostenido sobre las patas traseras, negro, velludo y de cabeza temblorosa, provocaba

risa con sus torpes imitaciones de las actitudes humanas. Puestos frente á frente ámbos personajes se entregaron á los ejercicios de una danza grotesca siempre y á menudo soez ó torpemente lúbrica. Despues la concurrencia tomó tambien parte en la danza. Cojidos de las manos *machos y hembras*, de tal suerte que se daban las espaldas, comenzaron á girar al rededor del cabron y de la vieja, primero lentamente y despues con más rapidéz, hasta llegar á una celeridad vertiginosa. El resplandor de las hogueras me permitía distinguir los rostros de los bailarines, marcados con el estigma del vicio, del crimen ó del dolor. Viejos, jóvenes, hombres, mujeres, niños, bocas rientes, faces crispadas, gestos cínicos, fisonomías hermosas, fisonomías bestiales, harapos, desnudeces, sedas, terciopelos, coronas, espadas, bastones de señores, cayados de vaqueros, envueltos en polvo, envueltos en humo, á las rojas llamaradas de las fogatas, giraban, iban, venian, saltaban, hablando, riendo, gruñendo, cantando gritando, gimiendo, jurando, increpando, aullando y mugiendo, ante mis ojos, atónitos y mareados por el multiforme torbellino de aquella ronda sabática de diez mil personas. Sonó la campana, cesó el baile y todo el mundo ocupó su puesto.

Bonifacio (arrodillándose delante del cabron).—Señor, tu pueblo congregado esta noche, te ofrece por mi boca en holocausto una víctima, hermosa, virgen, de nombre tan egregio, de vida tan refractaria á todos tus mandatos é influencias, que es preciso ir á buscar su semejante en los anales más antiguos de tu culto. La sangre que hoy ha de correr, no es la sangre de un animal salvaje, ó de una persona despreciable como la que nos obligaba a derramar los años anteriores la perversidad de los tiempos, sinó una sangre que los enemigos de tu nombre excelso tienen en mucho. No puedo relatarte, Señor, los amaños que hemos tenido que emplear para apoderarnos de la víctima; puntualmente circunstanciados por el más famoso de nuestros cronistas, constituirán, seguramente, un capítulo sin rival de la Historia de tu Iglesia. ¿Te place, Señor, este año como los anteriores, recibir el homenaje sangriento?

El macho de cabrío.—Me place. La sangre me es siempre grata, y cuanto más pura sea mejor cumple á los designios que presiden á mi obra eterna.

Bonifacio hizo una señal y cuatro robustos gañanes colocaron delante del cabrío tres grandes losas, levantando con ellas un altar.

El macho de cabrío.—Traed la víctima.

Acto continuo penetró en el círculo formado por la concurrencia un grupo de cuarenta y cinco hombres armados de picas; en medio del grupo, maniatada y amordazada, iba una mujer alta, de porte magestuoso, robusta y gentil á la par, de tez blanca y ojos negros, cabellos largos del mismo color caidos sobre la espalda, vestida con una túnica de paño oscuro, cuyas mangas cortas dejaban descubiertos los brazos admirablemente torneados y vigorosos, como de persona acostumbrada á varonil ocupacion. Entre los azulados reflejos de la espléndida cabellera resaltaba el verdor de las hojas de una corona de roble. La prisionera, pisando con los piés desnudos los abrojos y piedras del camino, tranquila la mirada y erguida la frente, sin jactancia y sin debilidad, serena, á la muerte se encaminaba.

Verla y prorrumpir la muchedumbre en soeces insultos y en bárbaras vociferaciones, todo fué uno. A mi el corazon me dió un vuelco, pretendí gritar «quiero morir con ella,» pero el terror me anudó la garganta y continué inmóvil en mi sitio, mordiéndome las manos de rabia y de dolor.

La víctima fué conducida al altar, donde le obligaron á arrodillarse frente al cabrío. Ella volvió la cabeza con soberano desdén y clavó los rasgados ojos en la cruz. La bruja vieja, despues de hacer varias genuflexiones, entregó á Bonifacio un cuchillo de mango de oro.

El macho de cabrío.—Quitadle la mordaza.

Cumplida que fué esta orden, la bruja se acercó á la víctima y con unas tigeras le desgarró la parte superior de la túnica, descubriéndole los senos turgentes á los que un rayo de luna arrancó marmóreos reflejos. Entónces la doncella hizo un brusco movimiento de cabeza que le trajo parte de la cabellera sobre la cara, ocultando de este modo los rojos tintes de pudor que le teñían las mejillas.

El macho de cabrío.—Óyeme. Hace años que ando solicitándote sin conseguir otra cosa que desprecios y desdenes. Mi poder es tan grande como tu soberbia, y hoy, por tu mal, vas á conocerlo, si rechazas el único medio de salvacion que te ofrezco. Reniega del Impostor nazarreno, adórame y vivirás. Mi Vicario te imprimirá en la niña del ojo izquierdo la imágen de un sapo: es el sello de mi soberania en las personas, Responde: me quieres por Señor?

—Nó, contesto la vírgen en una lengua amadísima para mí y con voz más pura y clara que el timbre del cristal.

—Ha blasfemado, que muera! voceó la infame muchedumbre.

El macho de cabrio (con voz airada).—Sí, que muera Es mi voluntad.

Bonifacio blandió el cuchillo y lo hundió en el seno de la virgen; un impetuoso chorro de sangre saltó, salpicando de rojo la blanca vestidura del verdugo. Ocultóse la luna, silvó él viento, tembló el suelo, veláronse con pardas nieblas las cumbres de todos los montes y de sus pétreas entrañas brotó un ¡ay! lastimero, un gemido desesperado, un grito desgarrador más profundo que el cielo, más triste que la muerte, màs inmenso que el mar.

Yo al ver la sangre enloquecí y merced á un esfuerzo sobrehumano pude abrimme camino y llegar junto al cuerpo palpitante de la virgen al mismo tiempo que Bonifacio, á quien conseguí arrebatar el cuchillo, se disponía á repetir el golpe.

—Infames, exclamé con voz vibrante, qué habeis hecho? La más pura, la más noble de las mujeres yace muerta á vuestras manos: en su hogar, la paz, la honradéz y la libertad, consoladoras de los hombres, habitaban! Malditos seais, villanos asesinos, malditos, apóstatas crueles. Ojalá haga presa en vosotras el eterno dolor! Ahora, venid á tocar este cuerpo idolatrado; yo le defenderé hasta que exhale el último aliento.

—Calla, gritó una voz destemplada de mujer, te atreves á exigir cuentas á los demás cuando tú tienes cuentas pendientes? Yo andaba buscándote hace rato con la vista; ya que tu imbecilidad te hace caer en mis manos, no te soltaré, miserable engañador!

La bruja vieja dió un salto de pantera y se colocó à mi lado,

—Señor, dijo volviéndose hácia el cabrón, yó, Maria de Zozaya, acuso á este hombre de perjurio.

Jamás orador hablando en la tribuna de los Rostros promovió tanta tempestad de aplausos y de aclamaciones.

El macho de cabrio.—Habla, mi bien amada Maria de Zozaya, y te otorgaré justicia.

Maria de Zozaya.—Señor, este hombre es mi esposo. Delante de todo el pueblo que era testigo, nos unimos. Despues, cansado de mí, sin duda, me abandonó.

El macho de cabrio (colérico).—Qué tienes que alegar, extranjero perturbador de mi culto?

Yó.—Que no es cierto lo que te dicen: jamás me he unido á esta repugnante mujer.

Maria de Zozaya.— Me insultas todavía, infame? Infeliz, tus mentiras son inútiles; con ellas no salvaras la piel: ó por perjurio ó por irrespetuoso has de morir esta noche. (Dirijiéndose á la concurrencia). No es verdad que vosotros fuisteis testigos del matrimonio?

Coro general.— Sí; despeñado, descuartizado! Muera el rebelde!

Juan de Goiburu (el tamborilero).—Maria dice la pura verdad. Yo los uní.

El macho de cabrío.— Extranjero, tu negativa es una cobardía que nada te aprovecha. Los testigos son demasiado numerosos para que quepa duda en mi ánimo

Yó.— Si ésta es la mujer á quien en un momento de fiebre me enlacé, ignórolo, pero bien veo de todas maneras que esta mujer es el mal. Mi alma es soberana y no puede quedar obligada con un pacto tenebroso é infernal. Yo rechazo con horror á Maria de Zozaya.

Coro general.— Muera el perjurio, muera el rebelde!

El macho de cabrío.— Aprisionadlo; cojed á la mujer de quien quiso ser defensor; atadlos juntos de manera que el cuerpo del uno esté sobre el cuerpo de la otra; subidlos á la cumbre de Archuri y desde allí precipitadlos al valle. Contra mi sentencia no hay apelacion .

Un sudor frío bañó mi frente, cuando ví acercarse á la turba que anhelaba prenderme; el horror me revolvió las entrañas, pero la amortiguada fuerza de las creencias religiosas revivió frente á la muerte y comunicó á mi alma soberana energía.

Yo.— Mientes, malvado, yo apelo de tu inicua sentencia á la cruz. Padre nuestro que estás en los cielos, sálvame!

Y me abracé, llorando de ternura, al sacrosanto signo de la Redencion.

Entónces los abismos del cielo se abrieron, descubriendo olas de luz radiante, cascadas de refulgente pedrería que se despeñaban por la azul escalinata del Empíreo formando un mar de fuego y de colores. Cânticos celestiales resonaban en las igneas nubes; el paisaje resplandecía; las nieblas, penetradas por el esplendor, se teñían con los colores del íris; los pajarillos de los bosques gorjeaban en honor de aquella nunca vista aurora y los ríos impelían con rapidéz sus aguas que hora semejabán chispas de brillantes, hora gotas de rubíes, hora polvo de esmeraldas.

La muchedumbre que momentos ántes me cercaba amenazadora, huyó monte abajo en presurosa fuga, lanzando gritos de terror, seme-

jante á una bandada de murciélagos que chocan, al revolotear deslumbrados contra las paredes de la gruta en que dormían cuando una antorcha rompe súbitamente las tinieblas. La hermosa doncella se puso en pié. Con una mano levantaba los pliegues de la rota túnica para cubrir el pecho; con la otra señalaba la cruz. La inmortal Esperanza y la invencible Fé fulguraban en sus ojos cándidos y dulcísimos de paloma.

—*In hoc signo vincimus*, dijo cayendo de rodillas, con místico acento de entrañable amor.

Yo volví la cabeza para adorar el árbol de toda vida y contemplé un nuevo prodigio. La cruz había crecido desmesuradamente; su remate se hundía en los cielos inflamados; sus brazos tocaban los más lejanos puntos del horizonte y toda ella brillaba con la luz de cien soles. Mis ojos entónces se cerraron sin poder resistir aquel resplandor; el entusiasmo, la alegría, la admiración, la sorpresa, interrumpieron el rítmico curso de mi sangre, y caí exánime sobre el granito.

ARTURO CAMPION

¡O BIOTZEKO CHORIA!

Errechinol bat zegoen kantari
 Joan dan gaubean nere lurrean,
 Eta ni, iñilik, arren atzean,
 Erregutuaz Jaungoikoari.
 Galdeturikan chorichoari
 Penikan zeukan bere biotzean
 Eranzun zion Euskal-lurrean
 Beti penetan bizi danari:
 —Ez nazu izutzen, alderazaitetz,
 Ikusizazu zéñen dolorez
 Mintzatutzendan errechinola;
 Zure erria nere kabia
 Biontzat dago negargarria,
 Bionzat illik ¡Euskal-Arbola!—

ANTONIO ARZÁC.

